Entonces el coronel Titus marchaba delante de él con la pala al hombro como un ujier que lleva la maza (1). De la reina casi no se hablaba. Anteriormente, cuando el embajador de España se opuso al matrimonio había pretendido poder afirmar que la infanta portuguesa no podía tener hijos, pero no se había dado importancia á estas afirmaciones (2). El conde de Bristol, para perjudicar al canciller, había enviado á Lisboa á un franciscano para saber si la habían dado algún brebaje que la hubiese hecho estéril, y puede que también para ver si encontraban algún medio que permitiera el divorcio, porque no podían invocar ningún acto reprochable á la reina (3). Carlos II no intervino en esta intriga; su actitud con Catalina era indiferente, pero cortés.

Hacia esa época la reina señaló un singular abuso que había ocasionado esta indiferencia del rey. Acababan de publicar la lista de gastos y en ellos figuraba la reina sólo por una suma de 40 000 libras. « Denunciando este abuso ha dado pruebas de mucha firmeza é ingenio (4). » Esta declaración, en efecto, hizo muy buena impresión en el público, pero la reina extranjera, no había dado herederos y contaba únicamente con la simpatía de unos pocos. El 13 de Junio de 1663, Pepys se entretenía visitando Fall Mall y asistiendo al regreso del paseo al Parque del rey, de la reina y de las damas de honor. Esperé su regreso, decía, paseándome entre los cortesanos que se quedan aquí con el mismo objeto. El rey y la reina llegaron muy pronto, esta última vestida con un corpiño blanco adornado de encajes y una falda carmesí. Sus cabellos, peinados á la *negligée*, la hacían parecer muy linda. El rey iba también

(1) Hume. *Historia de Inglaterra*.

(2) Burnet. *Historia de Inglaterra*, I, 331.

(3) Biblioteca Nacional de París. Sección francesa 10712. Carta de Comminges al rey, 26 de Noviembre de 1663. Al desembarcar en Lisboa, el religioso fué detenido por la justicia y arrojado á la prisión.

(4) *Diario de Pepys*, 7 de Marzo de 1663.

á caballo en medio de las otras damas y sin fijarse en ella. Cuando quiso apearse del caballo nadie fué á ayudarla como parecía esperar, únicamente su caballerizo la alargó la mano. Parecía de mal humor y estaba triste, nadie la hablaba y ella á nadie hablaba ni sonreía. Sobre su sombrero tenía colocada una pluma amarilla que atraía todas las miradas. He seguido á la Corte hasta Whitehall donde, en presencia de la reina, todas las damas se paseaban, charlaban, jugaban con sus sombreros y plumas, cambiandolos y bromeando. Era un espectáculo encantador el ver tan hermosos trajes y mujeres tan elegantes, sobre todo M^ma^ Stewart, á la que sentaba muy bien su sombrero recogido, adornado con una pluma encarnada. Admiré su naricita romana y su airosa apostura. Sin género alguna de duda es la belleza más perfecta que he visto en mi vida. »

La correspondencia de los embajadores no encierra trazas de preocupaciones más graves. « El caballero Grammont (1), escribe algunos meses antes el conde de Comminges, llegó ayer muy contento de su viaje. Ha sido recibido de la manera más agradable del mundo. Forma parte de todas las fiestas del rey, y entra, como en la suya propia, en casa de M^ma^ Castlemaine. Por cierto que esta ha hecho una de las suyas. M^ma^ Jaret, con la que sostiene una gran lucha, debía dar de cenar á Sus Majestades. Cuando estaba todo preparado y los invitados reunidos, el rey se marchó á casa de M^ma^ Castlemaine, donde ha pasado la tarde. Esto ha hecho mucho ruido, no cesan las cábalas y todos piensan en la venganza. Unos están llenos de

(1) El caballero (Grammont) dice Bussy-Rabutin en su *Historia amorosa de los Galos*, tenía los ojos muy alegres, la nariz bien hecha y hermosa la boca, un hoyo en la barbilla y un no sé que de fino en la fisonomía que hace su cara agradabilísima. Su ingenio es galante y delicado. Escribía muy mal, pero era un rival terrible, pues hubiese sido preferible para una pobre mujer tener en sus brazos cuatro amantes que á el solo. Era liberal hasta la proligalidad, á causa de lo cual sus queridas y rivales no podían tener fieles criados. Por lo demás muy bueno. Nunca hablaba seriamente lo que hacía que fuese mucho más difícil, que á cualquier otro, el persuadirle. Por esta causa las mujeres no sabían jamas si eran amadas por él.

envidia, otros de despecho y en general asombrados. El baile fracasó por falta de animación. Nadie sabía bailar y menos dirigirlo como era debido. Un día hay baile, el otro baile y comedia, los restantes, se juega, unos en el palacio de la reina los otros en casa de Mma Castlemaine, donde los visitantes son obsequiados siempre con una buena cena. He aquí, Sire, cómo se pasa el tiempo (1). » Nada útil, nada serio. El 4 de Julio, Pepys asistió á una revista de Hyde Park. « ¡Qué espectáculo! ¡qué hermosos caballos! ¡qué oficiales tan apuestos! ¡el rey! ¡los duques! ¡las dos reinas en el mismo coche de la reina-madre! » Pero una vez tributado este homenaje en honor del golpe de vista, el autor de las memorias se pone triste : « Esta revista tenía por objeto el mostrar á una marquesa francesa, la precisión del tiro de nuestros soldados. Vi hacer el ejercicio á los soldados y descargar los fusiles. Maniobraban muy bien, aunque se cometieron algunas torpezas insignificantes de tiempo. Cuando nos alejamos del parque, una descarga llegó tan cerca de nosotros que corrimos el riesgo de que nos encendieran el pelo. Contemplando á estos elegantes militares pensaba que no son soldados hechos para defender al rey y los encontraba parecidos á esos niños que habiendo perdido á su padre se dejan maltratar por hombres groseros (2). » Por lo demás, Pepys parece ser que se ha vuelto pesimista. « ¡El rey, escribe el 30 de Junio, en su diario, está más enamorado que nunca de Mma Castlemaine y de la señorita Stewart! ¡Dios ponga término á este escándalo! » En el mes siguiente el mismo personaje sigue tan enfadado como en el anterior, porque todas las personas bien informadas le aseguran que Lady Castlemaine se ha disgustado con la Corte. Con un pretexto frívolo, se ha marchado de Londres. « Esto me desagrada, dice; no obstante, si el rey aban-

(1) Biblioteca Nacional. Fds francés 10712. Carta de Comminges á Luis XIV, 25 de Enero de 1663.

(2) *Diario de Pepys*, 4 de Junio de 1663.

donase al mismo tiempo á sus otras queridas, quedaría encantado de ello, pues de esta forma tendría la esperanza de que el rey se ocuparía en los asuntos del gobierno. » Enterado de lo sucedido, parece ser que Lady Castlemaine había tratado de causar nuevas penas á la reina Catalina. Estaba esta princesa en su tocador, entre las manos del peluquero, que generalmente tardaba mucho en peinarla, cuando apareció Mma Castlemaine. «Me asombra, dijo, que Su Majestad tenga la paciencia de estar tanto tiempo ocupada con su peinado. — Tengo tantos motivos para habituarme á tener paciencia, respondió la reina, que no me cuesta trabajo alguno soportar las molestias del peinado. » A esta respuesta, Mma Castlemaine tuvo que levantarse y marcharse como si hubiese sido arrojada de la Corte, pero muy pronto el rey, con pretexto de ir de caza, fué á Richmond para reconciliarse con su querida á la que hizo volver á la Corte. « La noche última, cuenta Pepys, el 23 de Julio, había recepción privada en honor del rey y de la reina en casa del duque de Buckingham. Lady Castlemaine no estaba invita-

Lady Denham.
Retrato por Peter Lely, grabado par T. Wright.

da. En casa de su tía, Lady Suffolk, se la oyó decir : « ¡Qué les aproveche! Me divertiré tanto como ellos. » Después se dirigió á su casa con objeto de preparar una gran cena. A la salida de Wallingfordhouse, el rey fué á su casa en donde se quedó toda la noche en compañía de milord Sandwich.» Algunas semanas después, el rey, que volvía de Bath, cenó en casa de Lady Castlemaine. La cocinera vino á advertir que el agua inundaba la cocina. « ¡Diablo! exclamó la favorita, que se queme la casa, pero que se ase la vaca! (1) »

Uno de los amigos que cuenta á Pepys todas la novedades de la Corte, dice, en el mes de Julio, que cuando el rey encuentre un marido para Mma Stewart, Milady Castlemaine correrá peligro, porque la Stewart la sobrepuja en belleza y goza de gran influencia. Durante la enfermedad de la reina, la señorita Stewart se creyó, en efecto, muy cerca del trono. El conde de Comminges escribe á Luis XIV diciéndole que Carlos II está muy enamorado. « El rey está locamente enamorado de Mma Stewart á la que lleva á los rincones, y allí se está durante más de media hora abrazandola, á la vista de todo el mundo, dice el cirujano Pierce á Pepys (2). » Este es el momento en que el caballero Grammont, después de haber hecho una corte asídua á la señorita Hamilton y promesa de matrimonio, intenta escaparse de Londres sin cumplir lo prometido. Hamilton, el hermano de la joven abandonada, tomó la posta y corrió en su seguimiento, resuelto á desafiarle si rehusaba cumplir sus compromisos. Cuando encontró al fugitivo á varias millas de Londres. « ¿No ha olvidado usted nada en la capital? le dijo friamente. — ¡Es verdad! esclamó el caballero, he olvidado casarme con su hermana. » Y vuelve á Londres para formalizar el casamiento. Toda la Corte, piensa el caballero, va ocuparse de esta romántica aventura. No fué así porque se supo su casamiento el mismo día en

(1) *Diario de Pepys*, 13 de Octubre de 1663.

(2) Biblioteca Nacional. Fds francés 10712. — *Diario de Pepys*, 9 de Noviembre de 1663.

que Lady Castlemaine se declaraba papista. « El matrimonio del caballero Grammont, dice Lionne en una carta que escribió á Luis XIV, y la conversión de Mma Castlemaine se han publicado el mismo día. El rey de Inglaterra ha respondido á los amigos de la dama, que le habían rogado que se opusiese á este acto, que no se mezclaba en los asuntos espirituales de las mujeres. » No obstante continúa haciendo locuras por la señorita Stewart, esta vive en las habitaciones del primer piso y Mma Castlemaine en uno de los últimos pisos. Cuando el duque de York ó algún cortesano desea hablarle, la pregunta que se hace á los centinelas es. « ¿Está el rey arriba ó abajo? (1) » Dicen que Mma Castlemaine trata de demostrar que goza siempre del monopolio del rey. Al comenzar los hermosos días de mayo, Lady Castlemaine ha tomado la costumbre de salir á caballo ó en coche con la señorita Stewart, y puede asegurarse que jamás se ha visto vivir en tan buena armonía á dos rivales (2). « Hace dos días, escribe el conde de Comminges á Lionne, Mma Castlemaine, al salir de casa de la duquesa, que habita ahora en Saint-James, acompañada únicamente por una doncella y un paje, fué sorprendida por tres enmascarados que la dirigieron una gran reprimenda, llegando á decirla que la querida de Eduardo IV había muerto en un estercolero y abandonada de todo el mundo. Podéis imaginar el tiempo que tuvo que sufrir aquella somanta, recordando que el parque es más largo que la distancia existente entre la casa de Renard (3) y el Pabellón. Al entrar en su alcoba cayó desmayada. El rey, que fué advertido, corrió en su socorro y, en cuanto se enteró de lo que se trataba, hizo que cerrasen todas las puertas y que detuviesen á todos cuantos se encontrasen

(1) *Diario de Pepys*, 20 de Enero de 1664.

(2) Biblioteca Nacional. Fds francés 10712. Cartas de Comminges á Luis XIV, 29 de Mayo de 1664.

(3) Renard, arcabucero y polvorista del rey, tenía en la villa del Sena, en las Tullerías, un jardín en donde las personas elegantes iban á cenar. (Augusto Baluffe, *Alrededor de Molière*, 61-81.)

allí. Siete ú ocho personas que se hallaban en estos lugares, habiendo sido confrontadas y no reconocidas, han divulgado a aventura que los palaciegos han querido ocultar, pero creo será muy difícil (1). » Pero más difícil resulta todavía el engañar al público respecto de las proezas de las damas de honor.

La difamadora lengua del doctor Pierce asegura que, su colega y rival Frazer, debe toda la influencia de que disfruta á los servicios que presta á las damas de la Corte cuando desean librarse de las incomodidades de un embarazo (2). Dos años antes, una de ellas que estaba bailando en la Corte, dejó caer un niño (3). Esta vez el accidente fué menos grave, pero hizo mucho ruido, á juzgar por la severidad con que Pepys habla de él. « Creo, dice, que las doncellas de honor no encontrarán facilmente marido. Milady Castlemaine decía por broma, que su hija, en aquella época de dos años de edad, sería la doncella de honor que se casaría antes (4). »

La señorita Jernnigs es una de las más brillantes damas de la duquesa de York. Su rostro está adornado con los tesoros de la juventud. « Sus cabellos, dice su cuñado, Antonio Hamilton (5), eran de un rubio perfecto. Tenía gran viveza en la cara lo que impedía que presentase ese aspecto lacio de las personas muy blancas. La boca, no

(1) Biblioteca Nacional. F^ds francés 10712. Carta de Cominges á Lionne, 2 de Octubre de 1664.

(2) *Diario de Pepys*, 19 de Septiembre de 1664.

(3) *Diario de Pepys*, 6 de Enero de 1663. Pepys termina diciendo : « Nadie sabe quien es la madre », y agrega : « El rey hizo llevar el cadaver del niño en un pañuelo á su gabinete, y lo ha disecado. » Según las *Memorias de Grammont*, la madre era una doncella de honor que se llamaba Warmestré. Su verdadero nombre era el de Mary Kirk. Un *lampoan* (canción satírica), *Preguntas y respuestas del café Garraway*, dice lo siguiente á este respecto : ¿Cuantas veces M^ma Kirb ha vendido á su hija antes de casarla con el conde de Oxford? Preguntadselo al príncipe y á Harry Jermyn. »

(4) *Diario de Pepys*, 21 de Febrero de 1665.

(5) Señorita Jennings se casó en primeras nuncias con Jorge Hamilton y, después con Ricard Talbot, nombrado duque por Santiago II.

era la más pequeña, pero sí la más bonita. Para terminar, su rostro recordaba á la Aurora ó á la diosa de la Primavera, tal como nos la describen los poetas en sus brillantes pinturas. Tenía mucho ingenio y vivacidad, sus gestos eran seductores, su conversación atrayente cuando deseaba agradar, y muy fina y delicada cuando quería poner á una persona en ridículo, pero como su imaginación la dominaba, algunas veces comenzaba á hablar antes de haber terminado un pensamiento, sus frases no significaban todo lo que deseaba y sus palabras expresaban mal y algunas veces demasiado bien, lo que pensaba.

La hermosa Hamilton, duquesa de Grammont.
Retrato por Peter Lely, grabado par J. Tompson.

Esta locuela era muy curiosa. Ahora bien, en esta época, se difundió la noticia de la llegada, á uno de los barrios más apartados de Londres, de un médico alemán « repleto de secretos maravillosos y de remedios infalibles (1). » Este pretendido médico no era otro que lord Rochester, el hombre de Inglaterra que poseía más ingenio y el que lo

(1) Hamilton. *Memorias de Grammont*, cap. IX.

aprovechaba mejor para poner en berlina á su prójimo. Rochester era uno de esos hombres capaces de sacrificar á su mejor amigo por hacer un chiste y como sus sátiras herían de punta y filo á las favoritas, doncellas de honor y grandes personajes, resultaba que todos los años, era desterrado de la Corte, pero el mismo ingenio que le había alejado hacía que lo volviesen á llamar. El rey gustaba mucho de un poeta tan mordaz. Además no criticaba á las personas, hombres ó mujeres, á quienes el rey le había prohibido morder. Esta vez el destierro duró demasiado, según Rochester. Para entretenerse trató de seducir á todas las beldades de la ciudad. Así, pues, se declaró adivino, astrólogo y médico. « La virtud de los remedios, consistía principalmente en librar á las pobres jóvenes, en poco tiempo, de todos los males y de todos los accidentes en que podían haber caido, ya fuese por haber tenido demasiada caridad del prójimo, ya sea por tener demasiadas complacencias con ellas mismas (1). » Comerciantas, doncellitas de la Corte, camareras de las damas de alta posición no tardaron en formar numerosa clientela. Habían celebrado tanto su ciencia, y el cúmulo de secretos que poseía respecto de la Corte, que la pequeña Jennings y su amiga Price no pudieron resistir el deseo de ver de cerca á este hombre incomparable. La señorita Price tenía la reputación algo dudosa por obra de las sátiras de Rochester, lo que no sucedía respecto á Jennings. Creyendo que, mientras conservara su virtud, importaba poco que se divirtiese de cualquier manera, fingióse enferma, para esquivarse del servicio con la duquesa y ambas locas se vistieron como las que venden naranjas en los espectáculos públicos. En aquella época era la clase menos estimada de la sociedad. Según ellas, no habían podido encontrar trajes que las hiciesen completamente desconocidas. He aquí que salen del Palacio de Saint-James, atraviesan el parque á pie y toman un coche en Whitehall. Muy pronto

(1) Hamilton. *Memorias de Grammont*, cap. XII.

llegaron al teatro. La duquesa de York estaba allí con su hermana. No estaría mal que nos mezcláramos con las verdaderas vendedoras de naranjas, insinuó la señorita Price, y que fuéramos á ofrecer naranjas á la duquesa y á su séquito. Era una idea tan divertida que no pudieron resistir á su picante atrantivo. Pagaron el coche y se presentaron á la puerta de la Comedia en el momento en que el hermoso Sidney bajaba de su carroza. En vano le presentó Price la cesta, Sidney, muy entretenido con el peinado de sus cabellos, á los que daba el último golpe de mano, no advirtió á la linda vendedora de naranjas. Killegrew vino después de Sidney, la hermosa Jennings le tendió tímidamente su cesta mientras que Price, iniciada en el lenguaje que debía emplearse, le invitaba á que comprase naranjas. « Ahora no, amiga mía, pero si quieres llevarme mañana á esa jovencita te daré más dinero que valen las naranjas que tienes en la cesta. » Mientras que decía esto á Price, acariciaba la barbilla de Jennings y trataba de explorar su seno. La hermosa Jennings se sublevó y lo rechazó lo más rudamente que pudo. « ¡Ah! esclamó Killegrew, en verdad que es extraño. He aquí una p... que para vender más cara su mercancia se hace la remilgada y pretende poseer delicadeza. » Mientras reía Killegrew del accidente, Price aprovechó esta hilaridad para arrastrar rapidamente á Jennings, casi paralizada por el terror. La señorita Jennings había visto bastante y estaba deseosa de abandonar su papel de vendedora de naranjas, y de volver enseguida á Saint-James, pero Price no la escuchó. « ¿Y el médico alemán? dijo Price. A esta nueva proposición Jennings no contestó nada pero se dejó llevar á un nuevo coche. El cochero sabía las señas del nuevo quiromántico, pues ya había conducido á su casa á mas de cien jóvenes bonitas. Estaban muy cerca de su morada cuando les sucedió una nueva aventura. Brouncker, gentilhombre de cámara del duque de York, el immoral y licencioso Brouncker, al que llamaba Marvell « el escudero del amor, el hombre de la casita de campo